116

Río Gallegos cumple años







Postales de la ciudad vieja: el reloj público, la plaza arreglada como de domingo, el fondeadero.



Historia antes de la historia

Es Patagonia, claro, la tierra donde las fantasías encuentra un papel para escribirse. Hace 116 años nacía casi a su final la ciudad de Río Gallegos, entre "montanetes" avistados por Elcano hace casi cinco siglos, con un nombre semirrecordado, con un origen que mezcla comerciantes peregrinos, reafirmaciones de soberanía y simple destino. Caserío, pueblo de aire de frontera, ciudad capital, Río Gallegos nació oficialmente en 1885 pero, cosas de Patagonia, ya tenía mucha más historia que muchas ciudades argentinas.

Hace 116 años, Río Gallegos quedó oficialmente fundada. Pero ya tenía casi cuatro siglos de historia, aventura, naufragios y lenguaraces andariegos.

El 14 de enero de 1526, la vanguardia de la expedición al mando de Sebastián Elcano llegó a la barra del río. Atraídos por lo que parecía una caleta de buen ver –eso de buscar puertos reparados es una obsesión de todo marinero de vela, más en los duros mares del sur–, los españoles se acercaron. Una pequeña expedición desembarca, al mando de Hernando de Bustamante, el piloto Martín Pérez de Elcano y el clérigo Juan de Areizaga. Los exploradores suben al cabo Buen Tiempo y reconocen, escondida por atrás de la barra, la boca de un río.

Elcano, mientras, aprendía algo importante para la navegación costera: la rapidísima bajada de la marea. Con las naves casi a seco, los españoles se alejan a todo paño para no varar, y viran al sur, rumbo al estrecho. Los expedicionarios quedan a su suerte. Areizaga y Pérez Elcano comienzan a seguir a las naves caminando por la costa, Bustamante decide por la prudencia y se queda en la desembocadura, comiendo pingüinos y mariscos. Cuando llega el resto de la expedición, Bustamante hace señales de humo, es rescatado y le explica al comandante Jofré de Loaiza los descubrimientos realizados en esa latitud extrema. De acuerdo a la costumbre de la época, el piloto mayor abre el santoral y bautiza el río por el homenajeado del día: el paraje es identificado en el diario de a bordo como río San Alifonso. Nada menos.

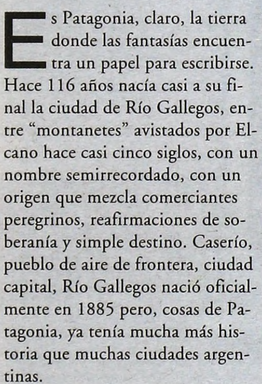
Diez años de soledad total, otras naves tocan el río con su barra protectora. En enero de 1536, la expedición de Simón de Alcazaba llega al lugar y anota en la bitácora el avistamiento de "una punta de tierra firme" al que "se decía Río Gallegos". ¿Cómo que se decía? Nadie sabe de dónde sacó el topónimo el navegante, que no cita mapa o documento alguno. Y así, por la puerta de atrás, sin mucha razón, fue Gallegos y no Alifonso.

Al año siguiente, 1537, la barra del Gallegos se cobra la primera de muchas víctimas. Una de las naves de la expedición del mercader León Pancaldo, La Concepción, quedó destrozada, mientras su compañera escapaba hacia el norte. Los restos de la nao marcaron en solitario el estuario por 47 años, hasta que en 1584 Sarmiento de Gamboa sufre incidentes y peripecias graves en el lugar. Desde el estrecho de Magallanes, el teniente Andrés de Biedma envía al "maestro de campo" con cuarenta hombres para explorar tierra adentro el recorrido del río. En su boca, Sarmiento funda la ciudad del Nombre de Jesús, caserío que mal llega a nacer cuando se da el primer contacto con los indios del lugar, tan aguerridos que de inmediato flechan a diez españoles. Al responder con sus arcabuces, los soldados "mataron al capitán y a su hijo y a otros".

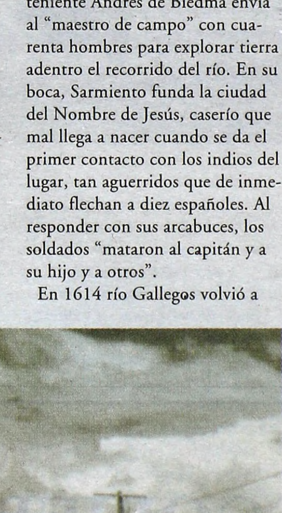
En 1614 río Gallegos volvió a ser habitado por poco tiempo. El holandés Jorge Spilberg hizo estación antes de entrar en el estrecho en 1615 y fue, tal vez, el que mandó a cavar pozos de agua encontrados siglos después en lo que hoy es el lado sur de la ciudad. En los años siguientes, se hizo común la parada en el paraje protegido de naves que tentaban el peligroso cruce al Pacífico o que necesitaban recuperarse de la travesía de vuelta a Europa. La aparición que merece destacarse es la del padre jesuita Nicolás Mascardi, que llegó a Gallegos por tierra. Se sabe que Mascardi partió de lo que hoy es el lago Nahuel Huapi y, buscando la ciudad de los Césares -mítica ciudad de oro– llegó hasta el estrecho después de una caminata de meses y meses. Se cree que estuvo en Gallegos por una descripción de "un alojamiento muy capaz" en el que encontró pozos de agua equipados consogas y botellas: Gallegos es el único puerto de la costa que tiene agua de napa.

Las andanzas del jesuita tienen una gran cuestión: ¿Cómo hizo para caminar a voluntad en tierras de indios aguerridos que no esperaban parlamentos para atacar a los europeos? La respuesta es simple: el padre se molestó en aprender la lengua inajetch, lingua franca patagónica, y al andar desarmado le dieron tiempo a conversar. En su vuelta al norte, Mascardi usó la ignota ruta de la precordillera, jamás vista por un blanco, guiado por guerreros Poya.

Los españoles hicieron un



La Secretaría de Turismo de hoy, en el estilo de las construcciones tradicionales.



Río Gallegos es así...



Centro Comercial

Con perfil de vientos indomables, la capital de Santa cruz se configura como el nudo distribuidor de los flujos turísticos de la zona. Basta un solo recorrido para interpretar su carácter comercial administrativo.

La «ría», así llamada por sus habitantes (más de 80.000) ofrece una costanera reposada que invita al paseo. El estuario, de aguas verdes cuando el mar avanza sobre el río Gallegos, y marrones cuando sucede a la inversa, devuelve en su reflejo, la imagen de una ciudad Patagónica y centenaria que le da la bienvenida.

Museos y centros culturales de arte son el plato fuerte. Lo sorprenderá recorrer las instalaciones del **Museo Regional Provincial «Padre Jesús Molina»**, que forma parte del **Complejo Cultural Santa Cruz**, de reciente inauguración. En un abrir y cerrar los ojos el Museo de los Pioneros lo transportará a la vida doméstica de principios de siglo en la Patagonia. Los adictos al arte no podrán pasar por alto el Museo «Eduardo Minicelli», que recrea en forma permanente la obra de los artistas plásticos santacruceños.

La Catedral, por su lado, bien vale una visita. Construida por aborígenes a principio de siglo, fue recientemente reciclada y llevada a su aspecto original con el propósito de conservar el espíritu constructivo pionero que tan bien atestigua.

Sin ir muy lejos, grandes Sorpresas

Los alrededores de la ciudad también tiene lo suyo: Sobre el final del continente americano y circulando 134 Km. con dirección sur, esta emplazada la **Reserva faunística Cabo Vírgenes**. Entre Octubre y Abril se congrega en ella casi 160.000 pingüinos magallánicos en su etapa de nidificación. Es una excursión de día completo que ofrece al visitante de pingüino magallánicos pichones, adultos y juveniles en su habitad natural.

Tres Estancias Turísticas abren sus puertas a visitantes dispuestos a adentrarse en el corazón mismo de la Patagonia. Ellas son: **Ea. Güer Aike**, (a 27 Km) de Río Gallegos, que se configura como un afamado lodge de pesca deportiva sobre el río Gallegos; **Hill Station**: situada a 60 Km del radio urbano con su oferta de excursiones, exhibiciones y clases de equitación a lo que se suma un pequeño museo que relata la historia de los dueños de la estancia y sus antepasados y finalmente, Monte Dinero: 125 Km al sur , muy próxima a la pingüinera de Cabo Vírgenes, ofreciendo excursiones organizadas a la reserva de pingüinos magallánicos, demostraciones de esquila y almuerzo típico.



Catedral Nuestra Señora del Luján

La **Laguna Azul**, a 60 Km de Río Gallegos y a escasos kilómetros del Paso Internacional Monte Aymond, bien vale un alto en el camino. Se trata del cráter de un volcán devenido en laguna que debe su nombre a la intensa coloración de sus profundas aguas.

En **Punta Loyola** el mar gobierna. Es un puerto de gran movimiento y, a la vez, un asentamiento de la Prefectura Naval Argentina. En el lugar pueden



Reserva faunísticas Cabo Vírgenes



Puentes sobre el Río Gallegos

apreciarse, además, los restos de la barcaza Marjorie Grenn siniestrada en 1911 cuando pretendía, con un cargamento de leña y carbón, ingresar al puerto de Río Gallegos.

Spinning, Fly casting y trolling son las modalidades permitidas más difundidas de pesca deportiva. La margen norte y sur del río Gallegos son proliferas -dicen los que saben - en truchas marrones de hasta 12 kilos.

Salir bien informado es la consigna

Mayor información será suministrada con mucho gusto en cualquiera de los centros de información turística de la Subsecretaría de Turismo:

Stand en Aeropuerto Internacional Río Gallegos

Oficina central:
Av. Roca 863 (9400) Río Gallegos
Tel. 54- 02966-438725
Telefax 02966-422702
E-mail: tur@spse.com.ar
http://www.scruz.gov.ar/turismo

Oficina de Promoción y Gestión Turística en la ciudad de Buenos Aires
Suipacha 1120
(1008) Capital federal
Tel. 54-011 -43253 3198 / 4325 3102
E-mail: estancias@interlink.com.ar





Río Gallegos (9400)
Av. Roca 863
Tel. 54-2966-438725
Telefax. 54-02966-422702
E-mail: tur@spse.com.ar
http://www.scruz.gov.ar/turismo
Stand Aeropuerto Internacional

Capital Federal (1008)
Suipacha 1120
Telelefax 54-011-4325-3098/4325-310
E-mail: estancias@interlink.com.ar





El puente sobre el río Gallegos, rincón favorito de pescadores. Sobre la ría, la costanera.

tardío e inútil intento de colonizar la costa patagónica a fines del 1700, temerosos de la expansión naval inglesa que ya se perfilaba como indetenible. La idea falló por falta de fondos y fue levantada por completo pocos años antes de Mayo. Río Gallegos, de todos modos, no figuró en las colonias planeadas y casi no es mencionada hasta la misión protestante de Teófilo Schmid, que armó un parlamento con varios caciques locales para negociar las actividades de la South American Missionary Society.

Lo que volvió a poner al paraje en el mapa, literalmente, fue la cuestión de límites con Chile. Hoy acostumbrados a la imagen mental de que el Pacífico es chileno y el Atlántico argentino, y la sana distensión de los conflictos fronterizos, cuesta entender el nivel de tensión que separó a ambos países por la Patagonia. Las armadas se visteaban por toda la costa, los gobiernos se bombardeaban con reclamos y afirmaciones de límites, las naves chilenas tocaban la costa atlántica de norte a sur. El capitán Luis Piedra Buena es uno de los argentinos clave en esta fase histórica; artillando islas para defender la bandera, revisando caletas y bahías en busca de construcciones que permitieran al rival reclamar posesión.

Hacia 1872, la armada vecina levantó en adobe una "capitanía" en Río Gallegos. Sería, paradójicamente, la raíz de la ciudad moderna, abandonada por los chilenos recién en 1878 cuando la escuadra del comodoro Py toma posesión efectiva de la costa al sur del río Santa Cruz, cerrando por mar lo que poco después cerraría Roca tierra adentro.

Ya para 1877 había un poblador, Agustín Coronel, que tenía su rancho en el paso Kalekaik del río Gallegos, en la ribera norte. En 1882 queda registrada la presencia de Pedro Urbine, también en el lado norte pero en el paso Kele-Kaiken. Al año siguiente, Manuel Coronel, que había ocupado la isla Pavón junto a Piedra Buena, se instala en la capitanía chilena con su mujer indígena, Rosa. En 1885 ya parece una multitud: el español Eugenio Fernández llega en carreta y se alberga en un rancho de adobe abandonado, y el mismo año se establece la subprefectura de río Gallegos. Este año es considerado el de la fundación formal del poblado.

Al año siguiente, el francés Gastón Voille abre el primer almacén para abastecer a los mineros del cabo Vírgenes y a los indios que pasaban por el lugar. Aparecen las primeras estancias ganaderas: las de Heberhardt, Kark, Fenton, Moyano, Hallyday, Rudd, MacGall, Bitsch. En 1887 el pueblo se transforma en capital del territorio: el gobernador Ramón Dista quiere tener más cerca los yacimientos de oro del cabo Vírgenes y convence al gobierno central de la mudanza, que se hace efectiva en 1888. La primera orden datada en Gallegos amenaza con prisión de diez días y multas de 50 pesos moneda nacional al que le vendiera armas a los indios. De ese mismo año data la escuela: era la pieza del padre José Beauvoir, que arrancó igual aunque no hubiera un edificio listo.

La ciudad ya estaba nacida, pero no deja de llamar la atención el estilo aluvional, informal de su aparición. No hubo ceremonias, no surgió por decreto o voluntad de un adelantado en campo abierto. Fue alzándose de a poco, de rancho en rancho, sin demasiado plan y su todavía discutida fecha de cumpleaños se refiere a la subprefectura, primera entidad oficial que abrió sus puertas en el lugar. En los años siguientes, la población va ganando raíces. Se abre un registro civil, una capilla, una comisaría, un juzgado de paz, una estafeta postal, un puente –no en el pueblo pero sí sobre el río. Para 1895, todavía no hay hoteles, ni changarines, ni servicios y de los 132 habitantes una mayoría habla inglés, usa libras esterlinas y bebe gin traído de las lejanas islas. Hay "cinco o seis boliches que se llaman casas de comercio y un rancho con un billar cojo titulado el Café". Ya es común ver majadas de 20.000 ovejas y ya arranca un perfil urbano de techos a dos aguas de zinc.

La ciudad crece a toda velocidad. Antes de que el siglo se acabe tiene hotel –según los cronistas, confortable de madera y con varias salas bien amobladas y cálidas en invierno–, multiplicó por ocho su población y es dominada por la gobernación, una casa nada destacable excepto por el violento rojo de sus techos. En 1899 un presidente, Roca, visita el lugar y al año siguiente se inaugura el Banco Nación.



La catedral, hoy monumento histórico nacional.

Los años que siguen van dándole a la ciudad los mecanismo de vida urbana. Se funda un club, se abre una aduana, se habilita el servicio de aguas corrientes, se erige la primera escuela secundaria. El lugar no aumenta demasiado en población pero sí en actividad económica, con un puerto de notable movimiento y un frigorífico Swift dedicado a la carne de oveja. Por esa época, en 1935, Antoine de Saint Exupéry, todavía sin escribir su Principito, se hace habitué de Río Gallegos como piloto de la Compañía Aeroposta Argentina.

La década siguiente vio una gran actividad en la apertura de caminos que conectaran la capital con su interior, la llegada de los aviones Junker de pasajeros que permitieron llegar a Buenos Aires en "apenas" dos días, la inauguración de la primera línea de ómnibus –la Transportes Patagónicos, que llegaba a San Antonio Oeste– y las exploraciones de la industria petrolera.

En 1955, Santa Cruz pasa a ser provincia y elige a su primer gobernador. Río Gallegos había visto elecciones desde 1907, cuando se eligió al primer consejo municipal y a un juez de paz, con dos mesas electorales instaladas en el kiosco de la banda, en la plaza.

La ciudad hoy mantiene una interesante mezcla de lo viejo y lo moderno. Recorriéndola, todavía asoman casas originales de chapa y madera –la de la gobernación sigue allí toda roja– como el centro comercial, con sus balcones de hierro fundido. La catedral ya es monumento histórico, la "ría" tiene una agradable costanera, la ciudad ganó 80.000 habitantes. Hay un museo de los pioneros, restaurantes con corderitos de ensueño, buen comercio, agradables cafés. En 116 años de historia oficial, después de tres siglos de historia aventurera, Río Gallegos creció hasta ganarse el lugar de capital del sur.

Recorridos

Río Gallegos es una buena base para recorrer la provincia de Santa Cruz. A 134 kilómetros –en escala patagónica, un pasito– rumbo al sur espera la reserva de fauna de Cabo Vírgenes, antiguo campo de buscadores de oro. Hasta abril, se congregan 160.000 pingüinos de Magallanes para hacer sus nidos, una visita única entre pichones y adultos. Muy cerca está el rancho Monte Dinero, que ofrece visitas guiadas, demostraciones de esquila y almuerzo típico. Más cerca de la capital hay otra estancia, la Güer Aike, que ya es un afamado lodge de pesca deportiva sobre el río, a 27 kilómetros del centro. A 60 está la Hill Station, dedicada a la equitación y las excursiones a caballo, con un pequeño museo con la historia de los pioneros fundadores. Vale la pena una escapada a Laguna Azul, un antiquísimo volcán devenido ojo de agua que exhibe un intenso color azulado. El extenso recorrido del lago local es un paraíso de pescadores, sobre todo de los que aprecian las truchas marrones de hasta doce kilos de peso.

Tucumán

En las sendas del Tafí

Desde la capital de la provincia, un viaje inolvidable a los Valles Calchaquíes. Entre cerros y quebradas, diques y ríos, vacaciones de verano en Tafí del Valle y excursiones a pueblos con mucha historia.

TUCUMAN *Por la ruta 307 hacia Tafí del Valle*

Lunita calchaquí

Desde San Miguel de Tucumán, un viaje inolvidable a los Valles Calchaquíes, donde aún resuenan entre los cerros las coplas de los musiqueros. Bajo la luna o el sol tucumano, la senda del Tafí lleva a los visitantes a través de impactantes paisajes y tranquilas villas hasta Tafí del Valle, el "pueblo de la entrada espléndida", como bien lo bautizaron los diaguitas.

Alrededores de Tafí del Valle. La "entrada espléndida" a un pueblo con mucha historia.

Verano en Tucumán, la provincia más pequeña del país que concentra en su territorio siglos de historia y una geografía privilegiada por la diversidad de sus paisajes. Aunque apriete el calor, el "Jardín de la República" sigue siendo un jardín donde los umbrosos cerros verdes, ríos, arroyos y espejos de aguas se combinan con las rocosas montañas y quebradas de los Valles Calchaquíes.

Si bien desde la capital tucumana, cualquier rumbo desemboca en atractivos lugares que atrapan a los viajeros, bien vale la pena recorrer los 107 kilómetros de la ruta provincial 307 hacia Tafí del Valle, un camino que atraviesa una exuberante zona selvática y desemboca en el semiárido paisaje calchaquí donde está enclavado Taktillakta, el "Pueblo de entrada espléndida", palabra fundadora del Valle hace 2500 años, cuando así lo bautizó la estirpe diaguita. La cultura precolombina que pervive en los museos de sitio, como "La Bolsa", o los de piezas arqueológicas, como "La Banda", cimientan a Tafí del Valle, transformándolo en un verdadero portal de los Valles Calchaquíes.

Ya lo dijo don Atahualpa Yupanqui en sus canciones, y en esto no hay exageración. Desde el suelo al cielo de Tafí, el viajero descubre el paisaje asombroso de los Valles Calchaquíes. En sus quebradas escucha el rumor de los arroyos y el murmullo sibilante de los sauces como un eco que se funde con la tonada del lugareño, que habla desde una interminable copla. En ese escenario, contenido entre los cerros Ñuñorco (que significa Pechos de Mujer), el Muñoz y las cumbres de Mala-Mala, se encuentra el Valle de Tafí.

HACIA TAFÍ. Si nuestro viaje comienza en San Miguel de Tucumán, es conveniente asesorarse antes de partir en "La Casa del Turista", 24 de Setiembre 484, donde se pueden obtener mapas e información sobre alojamiento y lugares para comer. Luego, con rumbo sur por RN 38, que en sus primeros tramos tiene traza de autopista, se llega hasta Acheral, distante 45 kilómetros, donde se gira hacia el oeste para empezar el ascenso por la ruta 307 hacia los Valles Calchaquíes. El camino a transitar es de cornisa y se adentra, de a poco, en un paisaje enmarañado, selvático, de un intenso verde, regado por manantiales que caen sobre el río Los Sosa. A poco de andar, aparece El Mollar, típico pueblo serrano, con frondosa vegetación y gente de andar cansino, sin apremios. Allí, sobre un alto morro, el secular Parque de los Menhires reúne un sinnúmero de antiquísimos mensajes escritos en el granito de enormes bloques circulares, legado de los pobladores que habitaron estos lugares hace 2500 años. Después de esta parada ineludible, sólo restan unos 3 kilómetros siempre en ascenso, para arribar a la bella Tafí del Valle.

Atrapados en la deslumbrante vista panorámica, se impone un recorrido por la ciudad de Tafí del Valle. En el casco urbano se entremezclan los estilos arquitectónicos que, en natural simbiosis, nos dan las pautas de renovación paulatina que le permitieron a Tafí del Valle convertirse en el centro turístico más reclamado de Argentina. Casonas rugosas, construidas en adobe de hechura aborigen y modernos hoteles de diseños coloniales, forman un armónico marco que invita a los paseos peatonales por entre las artesanías típicas, las exposiciones de dulces caseros, o a pausadas charlas en los numerosos bares de terrazas sombreadas.

PASEOS Y AVENTURAS. Durante todo el año, el movimiento turístico en esta villa de alucinante geografía es sorprendente, no sólo por los visitantes de otras regiones del país sino también por los viajeros extranjeros que quieren conocerla. Y no es para menos, ya que hay propuestas de paseos y excursiones para todos los gustos, donde el acento se puede poner tanto en el descanso como en la aventura.

Así, la jornada puede transcurrir a lomo de un manso caballo de andar, sumándose a cabalgatas que recorren museos, tambos y otros puntos interesantes, acompañados por guías expertos en estos temas. También se pueden aprovechar estos paseos para combinarlos con safaris fotográficos, ya que los paisajes visitados son de una belleza imponente. Muchos excursionistas eligen un sencillo trekking por las suaves sendas de un valle mientras otros prefieren la aventura de trepar paso a paso agrestes senderos de montaña, o subir las cuestas pedaleando una Mountain Bike.

El contacto con la montaña es para muchos deportistas y amantes de la vida al aire libre, una necesidad no sólo física, sino también espiritual y mental. Allí, entre escarpadas paredes rocosas, se puede coronar alguna cima a través del escalamiento o llegar hasta una terraza sombreada para hacer campamentismo.

Las propuestas para turistas más arriesgados cubren también todas las preferencias: desde internarse en los bosques para hacer rappel entre los árboles o volar por los cielos colgados de un parapente, hasta poner a prueba las destrezas conductivas a bordo de una 4x4. En la zona de lomadas y cerros de considerable altura, los enduristas están de parabienes: los clubes tucumanos organizan competencias para que los audaces en sus motos voladoras surquen las cuestas marcadas para la ocasión.

Como no sólo de cerros se trata, Tafí del Valle cuenta con uno de los pocos diques de altura del país, La Angostura, embalse de reconocida calidad para la práctica de diversos deportes náuticos. En esta maravilla de la ingeniería tucumana, la pesca del pejerrey, la perca y la esquiva trucha hace el deleite de los que ponen a prueba la paciencia humana. Sobre sus plateadas superficies de aguas de montaña, se apiñan coloridos veleros



Entre cerros y valles, espejos de agua para pescar, nadar y navegar.

El cerro San Javier, en las afueras de la capital tucumana

que tensan su velamen en las competencias o navegan plácidamente entre acuáticos voladores de Fly Surfing.

RUMBO A QUILMES. Desde Tafí, el viaje puede continuar –siempre por la ruta 307– hacia la fortaleza de los quilmes. En este trayecto, el camino zigzaguea entre altas lomas y hondonadas, mientras cruza El Infiernillo, El Valle de los Cardones, Ampimpa y Amaicha del Valle, un pueblo de cantores y artesanos donde todavía se elaboran vinos pateros y algunas bebidas de alambique. A esa altura, empalma la Ruta 40 que nos acerca a la ciudadela de los quilmes, a su historia trágica, pero ejemplar.

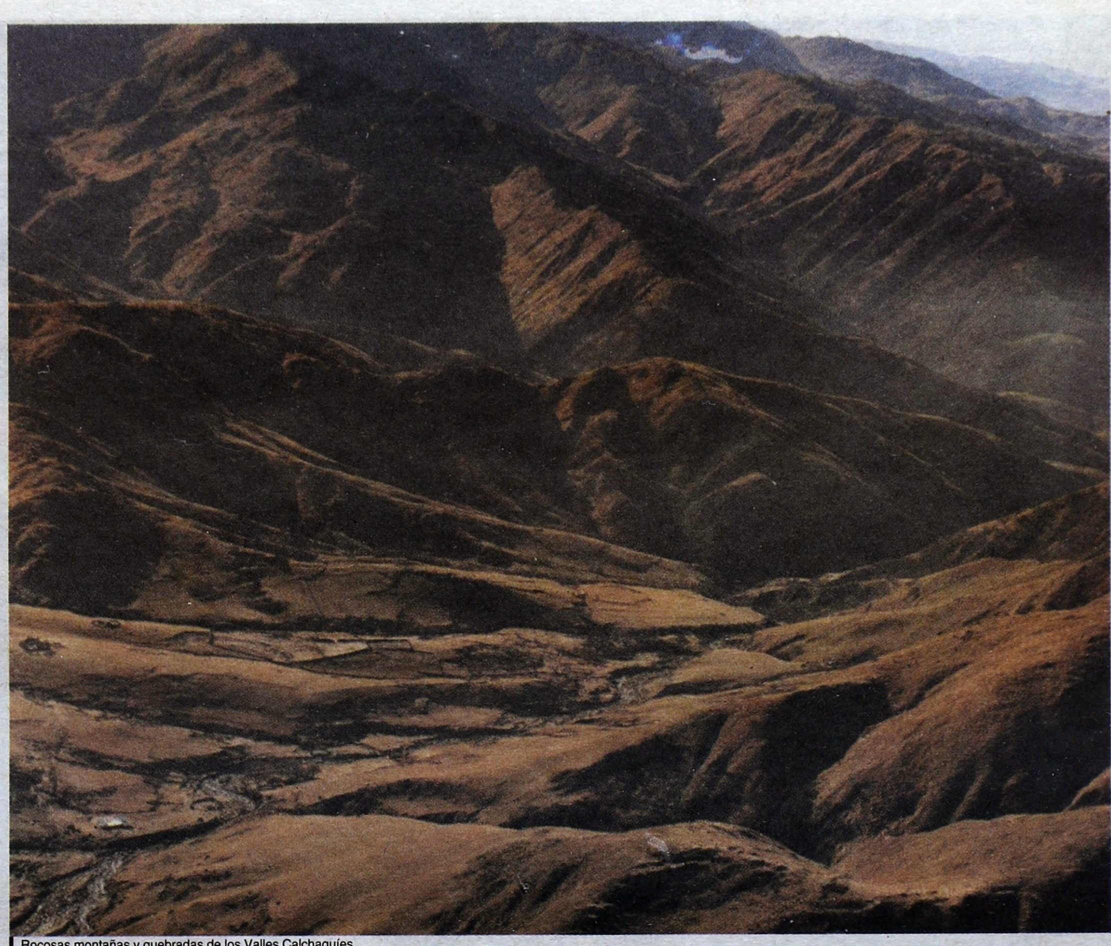
Esta villa indígena hunde su origen mucho más atrás de lo escrito por los conquistadores que la admiraron, asombrados y perplejos, no sólo por su fortificación, sino también por su orden social, sus cultivos y sus movimientos para la guerra. Así fue que, ante el embate del español, pudo resistir más de cien años, defendiendo su libertad, a veces hasta el suicidio. Pero en 1667, los habitantes del imponente Pucara fueron trasladados, en una penosa caminata, hacia tierras bonaerenses, dando así su nombre a la actual ciudad de Quilmes.

Desde aquella nefasta fecha hasta que la ciudad fortificada volvió a ver el cielo calchaquí pasaron algunos siglos. Descubrirla fue un arduo trabajo de arqueólogos, antropólogos, topógrafos y otros investigadores, ya que el arenal y el persistente viento la habían ido enterrando. De sus vidas, sus labores y artes, podemos enterarnos a través del Museo de Sitio Doctor Juan B. Ambrosetti, donde se preservan los vestigios de esta cultura aborigen. En las afueras de esta exposición, las ásperas galerías, los intrincados senderos entre las casas, las calles y anfiteatros de la amurallada ciudad, nos contarán, a cielo abierto, sus costumbres, quehaceres de cocina, labradío, crianza de hacienda y un sistema de provisión de agua –guardado celosamente del enemigo– que les permitió aquella larga resistencia al conquistador.

UNA VILLA COLONIAL. Siguiendo por la Ruta 40, se llega al pueblo de Colalao del Valle, donde la historia se detuvo hace cientos de años. El pasado prehispánico dejó profundas raíces en estas tierras que habitaron los colalao, vecinos de los quilmes, diaguitas y tolombones. Asentados en la Sierra del Cajón, tenían sus dominios lindando con los samaichas hacia el Valle Calchaquí y con aborígenes catamarqueños, hacia el Valle del Yocavil. Eran amistosos cazadores y cosecheros de algarroba y otros frutos. La paz de esta región se vio alterada con la llegada del conquistador que, en su afán por someter a las tribus que encontraba a su paso, generó los enfrentamientos que llevaron a estos asentamientos primitivos a emigrar, corriendo indudablemente, una supuesta mejor suerte que los desterrados quilmes. De todos modos, una gran cantidad de hombres maduros y jóvenes aptos para el trabajo terminaron sus días en las tristemente famosas "Encomiendas", esas disposiciones que emitía el rey de España, autorizando a los españoles la explotación de los indios en duras tareas.

Con el paso del tiempo, los aborígenes fueron desapareciendo y los poblados modificando su aspecto hasta convertirse en villas coloniales, de neto estilo español. Sus viviendas bajas, de paredes de adobe, techos de cañizo y barro, pegadas a la vera de aquella Ruta 40 que fue testigo de crueles comportamientos humanos, sobreviven hoy diseminadas por la región. La plaza de Colalao del Valle, enclavada en el centro del pueblo, es un apacible lugar forestado con álamos, eucaliptos y terebintos, cuya sombra invita a un descanso cuando la temperatura toca los 30º C.

La comunidad colaleña está conformada por gente sencilla, muy amistosa y hospitalaria. Los rasgos aindiados nos demuestran un origen ligado íntimamente con esa tierra de sembradíos y hermosos viñedos que proveen las uvas a las bodeguitas caseras, hacedoras de excelentes vinos pateros y otras espirituosas bebidas. También la ganadería ovina y caprina genera unos deliciosos quesillos y quesos curados en zarzos de cañizo, mientras que los frutales y nogales completan una producción artesanal en la que todo viajero puede encontrar los verdaderos sabores que regala la benévola Pachamama a través del esfuerzo de sus pobladores.



Rocosas montañas y quebradas de los Valles Calchaquíes.

Información turística

Secretaría de Turismo de Tucumán. 24 de Setiembre 484. C.P. 4000. San Miguel de Tucumán. Servicio de Información sin cargo a todo el país: 0800-555-8828. E-mail: turismo@tucuman.gov.ar Internet: www.tucumanturismo.com



En Amaicha del Valle cantan las coplas en la Fiesta de la Pachamama.

Calendario turístico de festejos regionales

Frutos de la Pachamama

Como todos los años, en esta próxima temporada estival los pueblos tucumanos se preparan para festejar con música de bombos y guitarras los frutos de su tierra. Canto, baile, artesanías y muchos sabores regados con vino patero esperan a los visitantes para que disfruten sus vacaciones entre los cerros.

FIESTA DEL YERBIAO. Cerro adentro, tres horas y media a caballo desde Tafí del Valle y, a 2220 metros de altura, se descubre ante los ojos del turista uno de los más bellos paisajes naturales de Tucumán: La Ciénaga. Aldeas de pocas viviendas, con habitantes de ancestros calchaquíes, donde nació en el año 1985 la Fiesta del Yerbiao. Sencillo y enigmático nombre ya inserto en el Calendario turístico provincial. La denominación de Yerbiao responde a un mate de peculiares características que se prepara en ese lugar a base de agua hervida a la que se agregan yerbas mostrencas incluida la muña-muña. Al mediodía se cocina locro y asado para los visitantes preparados por los vallistos. En horas de la tarde tiene lugar el desfile de paisanos con sus cabalgaduras y atuendos de hombres de serranías; topamientos a caballos, enlazadas, pialadas de potros, elección de la madrina de la fiesta y actuación de copleras. Para finalizar esta fiesta tan tucumana, hacen su presentación los Musiqueros con acordeones, bombas y algún violinero para alegrar la soledad nochera.

FIESTA DE LA VERDURA. Los festejos, que se realizan entre el 26 y 27 de enero en El Mollar, están concentrados en la plaza principal mollarista y comienzan con la apertura de las pascanas para degustación de comidas regionales. Cuando la cerrazón invade el Valle se escuchan las primeras notas musicales de los conjuntos folklóricos, copleras y Musiqueros altovallistos. Después, en los albores de un nuevo día comienza el baile popular que incluye danzas tradicionales. En este encuentro, también participan las agrupaciones gauchas ofreciendo pruebas de destreza criolla y los artesanos con sus mantas, chales, ponchos, cerámicas, etc.

FIESTA DE LA HUMITA. Entre el 19 y 20 de enero se realiza en la villa de San Pedro de Colalao, ubicada a 90 kilómetros de San Miguel de Tucumán, un festival folklórico con exposición de artesanías, desfile de agrupaciones gauchas y la venta en chala preparada por pueblerinos.

FIESTA PROVINCIAL DEL ANTIGAL. En enero la Comunidad de Colalao del Valle recuerda a sus antepasados calchaquíes con una profunda evocación histórica en la ciudad de los quilmes (deshabitada desde fines del siglo XVII). Luego, en la Villa de Colalao todo está preparado para recibir al turista con una fiesta. Desde pascanas con comidas regionales hasta música folklórica norteña, doma de potros, marcadas, señaladas, juegos de destreza criolla, enlazada, pialada y el paseo en misachico de los santos patronos de la zona.

FIESTA NACIONAL DE LA PACHAMAMA. Del 8 al 10 de febrero se realiza la fiesta por excelencia de Amaicha del Valle. Tiene su origen en antiguos festejos vinculados a la Madre Tierra y su asociación con la fertilidad de los ganados y de los cultivos, por lo que originalmente se celebraba a principios de la primavera. En ella se entonan hasta la madrugada los clásicos joy-joy, cantos desgarrados de sencillas coplas anónimas, intercalados con gritos y acompañados sólo por la percusión de una caja. También se organizan bailes con ritmos de música tradicional. Normalmente los festejos duran una semana y en el último día una mujer elegida entre las más ancianas del lugar asume el papel de la "Pachamama". Lujosamente vestida, monta a caballo o va sobre un carro tirado por bueyes, acompañada por la Ñusta, joven doncella símbolo de la fertilidad, el Yastay, dios de los animales y de la caza, y el Pujllay, espíritu alegre del Carnaval, semejante a un fauno. El ambiente de festejo es tan rústico como el pueblo y sus habitantes. En torno de la humilde plazuela, se montan las enramadas de hojas secas soportadas por maderas que se denominan pascanas, una especie de kiosco en los que se expenden comidas regionales acompañadas por el vino patero.

FIESTA NACIONAL DEL QUESO. Del 16 al 17 de febrero se realiza en Tafí del Valle esta fiesta dedicada a una de las industrias más antiguas de Tucumán, que se proyectó en el valle de Tafí por iniciativa de los sacerdotes jesuitas entre la segunda y sexta década del siglo XVII.

En los stands se exponen quesos de las dos marcas vallistas más famosas, una de ellas premiada en la exposición nacional argentina de 1871, lo que demuestra la larga experiencia en la elaboración de los quesos del Tafí.

Los organizadores siempre disponen de pascanas para la venta de comidas típicas como locro, humitas, pastel de novios, chorizos caseros y postres de riquísima factura como gaznate, dulce de cayote, alfajores de capia, dulce de manzana, pera, membrillo, durazno y otros. De más está decir que en esos días, las guitarras y los bombos no dejan de sonar.

FIESTA DE LOS DULCES REGIONALES. Del 15 al 17 de febrero, la boca se hace agua en el pueblo del Pichao, ubicado en los faldeos de la Sierra de Quilmes o El Cajón, por donde corren los ríos Pichao, Managua y Anchillos. Enmarcado por soberbias cumbres, el pueblo tiene casas bajas de paredes pircadas, techumbres de caña, paja y barro, cuyos patios son verdaderos vergeles de durazneros, manzanares, membrillos, higueras, perales, damascos, y el infaltable nogal, fuente de ingresos y alimento de los lugareños. Estos jardines, surgidos del tesón y la baquianía heredada de antiguos agricultores, les permiten a los moradores del Pichao ocupar uno de los primeros lugares, en la provincia de Tucumán, como elaboradores de dulces y conservas caseras.